Un grito se exhaló de aquella multitud; era el gemido del pueblo, que veía expirar en el caldaso á unos de tantos mártires de la independencia mexicana.

Los cadáveres quedaron expuestos á la espectación pública, los de Ferrer y Cataño permanecieron sentados, los demás quedaron suspendidos de una cuerda.

Unos hachones de cera chisporroteaban delante de los ajusticiados, como las antorchas del patriotismo delante de las cenizas reverendas de sus apóstoles.

VII.

Desde un ángulo de la plaza, y recatándose á las miradas del pueblo, un hombre había presenciado las ejecuciones con una ansiedad horrible.

Con las miradas llenas de avidez, buscaba una víctima conocida entre aquellas señaladas por el verdugo.

Cuando se convenció de que no estaba lo que en vano se afanaba por buscar, lanzó una terrible maldición, y abriéndose paso por entre la multitud, se echó á correr como un demente por las calles.

Llegó el desgraciado á la del Amor de Dios, empujó las pesadas maderas del zaguán, y se entró lleno de ansiedad á los aposentos... todo estaba desierto.

—¡Dios mío! exclamó con desesperación, ella... ella lo ha salvado... el destino... la maldición de Dios!

Después llevó las manos á su pecho, buscó el escapulario donde llevaba guardada la *esmeralda* que le había legado su padre como unica herencia, y no la encontró.

Recordó entónces que había colgado el amuleto á la cabecera de su cama, lo buscó entónces con mas ahinco, revolvió los muebles de la estancia sin lograr su objeto.

—¡Mi *esmeralda!* ¡mi esmeralda! gritaba como un loco ¿quién me ha robado esa prenda de venganza?

Después serenándose un tanto, dijo:

—No importa, mientras yo aliente, la predicción no puede cumplirse, y yo vivo, y viviré; porque le sirvo al porvenir.

Dirijióse á la mesa donde tenía guardados los mil pesos, premio de su traición... también habían desaparecido, con ellos se había comprado la libertad de Piedra-Santa; ¡terrible coincidencia!

Jacinto sentía extraviar su cerebro y perderse en el mundo de lo irrealizable.

—Ese necesario estar sereno para meditar mi venganza... ese hombre ha huido con Luz... me ha deshonrado... bien... yo le cobraré estos momentos de amargura y lavaré la mancha que me arroja á la frente... ya estoy tranquilo... Satanás me ayuda... yo soy el último vástago de esa trágica familia que ha dejado su nombre escrito con sangre en seis generaciones... parece que llegamos al fin... escondámonos en la tumba con la dignidad de nuestros antepasados... el viento de otra vida sopla sobre mis cabellos... la hora ha llegado!...

Procuró tomar, á fuerza de contener su rabia, su continente de esposo, ciñóse la espada, puso dos pistolas á su cintura, y abandonó la casa para siempre.

CAPITULO XII.

De la entrada de los insurgentes en la ciudad de Cuautla de Amilpas.

I.

Cuautla de Amilpas es una de las ciudades más encantadoras de la *Tierra Caliente.*

Parece una gaviota posándose en un nido de hojas y de flores, mitigando el fuego del sol sobre aquella frescura, y durmiendo la siesta á la orilla de las cascadas y bajo el cielo purísimo donde irradia la luz con visos deslumbradores.

El viento posa sus alas en los bosques de platanares y de naranjos, que sacuden su esencia en aquella atmósfera impregnada de perfume.

En aquella zona abrasante todo es languidez: las mariposas apenas levantan el vuelo, y permanecen soñolientas sobre los pétalos de las flores; los pájaros que han saludado con sus cantos la venida del sol, se ocultan en las ramas de los árboles buscando la sombra y el beso del aire que apenas estremece las hojas en una pausada convulsión.

El aleteo de los insectos se oye por intervalos, penetrante y sonoro como la repercusión de la platina.

En esas horas en que la atmósfera parece de plomo, y la naturaleza enmudece como si se sintiera agobiada por el calor latente de la zona, el hombre no se percibe sino por el movimiento de las amahacas que se columpian suavemente, como las telas de los insectos en los troncos de los rosales.

La casas son unos nidos, enmedio de aquella profusión riquísima de árboles y de flores.

Allí las noches son encantadoras: cuando el sol se oculta comienza la vida, el aire está tibio, y libre de los vapores, comienza á sacudir sus alas, y á recorrer los campos, y á despertar las rosas desmayadas, y á estremecer los árboles, y á verter el aroma que yace guardado en el cáliz de las azucenas.

En aquel paraíso todo respira melancolía y amor; el alma sale del abismo y se asoma á los ojos para ver el cielo.

¡El cielo! allí las estrellas toman una dimensión asombrosa, y parecen multiplicarse en una lluvia de oro que no llega á caer sobre la tierra.

Las exhalaciones son continuas y atraviesan el cielo en todas direcciones, como luceros desprendidos que caen en el abismo del espacio.

El espíritu de Dios está sobre el firmamento en la plenitud magnífica de su majestad!...

II.

Estamos ya en esa ciudad de rosas y de ilusiones: la tarde ha caído, y apenas se reflejan los últimos rayos sobre las fajas del cielo, que mintiendo todas las formas y deshaciendose al fin en el horizonte, parecen llevarse los visos postreros de la luz.

El crepúsculo, ese ángel colocado entre la luz que muere y la sombra que se levanta, va á hundirse en las tinieblas, para reaparecer á los primeros tintes del alba.

La lumbre comienza á percibirse en las cabañas de los alrededores, y la campana de la parroquia dá el toque de Oraciones.

El bronce sagrado saluda al día que se va y á la noche que llega.

Atravesemos un pequeño bosquecillo de naranjos, y penetremos en una de aquellas casitas, que sirve de asilo á dos desgraciadas criaturas.

Dos jóvenes, ambas hermosas, están sentadas en un banquillo formado por ramas secas.

Aquellas criaturas hablan en voz baja: temen sin duda despertar al niño que duerme en una amahaca suspendida de las maderas de la techumbre.

—Querida Luz, estás triste, decía la más joven, que era una muchacha de ojos negros y centellantes, de cabello oscuro como la noche, facciones bien delineadas, boca pequeña y nacarada, dejando asomar por los claveles de sus labios su dentadura blanquísima como el alabastro, su garganta es torneada y su seno como el de la Vénus de la Concha, su cintura como la de las mariposas, y su pie pequeño y encantador

—Te engañas, María; nunca como ahora he rebosado en esperanzas.

—Mal lo demuestras, con ese semblante siempre lleno de angustia y de melancolía.

—Es que yo gozo enmedio de esta tristeza, mi alegría no estalla, la guardo en el corazón.

—Vamos, yo sí que debiera llorar continuamente.

—Jamás he querido indagar tus secretos, y no por falta de cariño.

—Confieso que he sido muy reservada contigo, pero ha llegado el momento de entregarte las llaves de mi corazón.

—Ya te escucho tus palabras caerán en el abismo de mi pecho para no salir jamás.

—Así lo espero, amiga mía, dijo la joven besando la casta frente de Luz.

—Hace dos años que vivía con mi hermana en Nucupétaro al cuidado de una pobre anciana á quien mi madre nos había encomendado... ¡pobrecilla!... yo crecía siempre alegre y llena de ilusiones, porque los sufrimientos no han podido enturbiar el horizonte siempre claro de mi vida, yo me he sobrepuesto á las vicisitudes... Pasábamos la vida en una tranquilidad apacible, mi hermana, cuyo nombre no te revelo, porque he prometido callarlo, tenía un gran talento, y decía que su corazón no lo poseería ninguno tonto.. yo la oía con tristeza, porque a mí me enamoraban los jóvenes mas simples de

la población, y si yo seguía sus consejos, seguramente no me casaría jamás.

Luz se sonrió al escuchar la observación de su amiga.

—El propósito de mi hermana fué el origen de su desgracia.

—¿De su desgracia? preguntó Luz con estrañeza.

—Sí, amiga mía, nos visitaba por entónces una persona de alta capacidad; sus conversaciones estaban fuera del sentido vulgar, y pasábamos las horas enteras escuchándole... aquel hombre hizo una viva impresión en el alma de mi hermana... pero ¡ay! ese ser lleno de prestigio y de capacidad, no era libre, un voto lo retenía en el silencio de la vida... estaba consagrado á Dios.

Luz se estremeció.

—¡Cuando el corazón comienza á resbalar en la pendiente del abismo es difícil contenerle... mi hermana amó hasta la locura... comprendió lo horrible de su falta, y entró en la angustia de la expiación hasta consumirse en la oración y en el llanto!... un día me llamaron á su aposento: María, me dijo mi pobre hermana ya moribunda... he cometido una falta... muero arrepentida... Dios que puso una venda delante de mis ojos, me ha perdonado... voy á morir... este niño es el fruto desgraciado de esa pasión que me lleva á la muerte... te lo entrego... vela tú por él... es el hijo de mis entrañas... besó la infeliz al niño que lloraba en aquellos momentos como si presintiera la desgracia que lo amenazaba. Yo le tomé en mis brazos, y llorando le juré que no le separaría un instante de mí... ¡á las pocas horas mi hermana había dejado de existir!

María inclinó su cabeza para ocultar su llanto, y después prosiguió:

—Desde entonces *Juan* ha sido mi hijo, le amo con la ternura de mis recuerdos, y le tengo una compasión profunda... hasta hoy nada ha sufrido, hay quien vele por él, y yo estoy rodeada de cuanto necesito... hoy se me ha avisado que llegará una persona á verle, y le aguardo, jamás se ha dejado de cumplir cuanto se me ha ofrecido.

Quedó María profundamente pensativa con la mirada fija en la amahca del niño.

Luz le había pasado el brazo por la cintura, y la estrechaba á su corazón con profundo cariño.

III.

Morelos después de haber sofocado la conspiración del Veladero, salió para Cuautla de la Sal, donde derrota á los realistas y decapita al general Musim; entra en Izúcar, donde es atacado por el marino Lobo Maceda; se resiste heróicamente, y su enemigo cae á sus pies acribillado de heridas.

Sigue con su ejército vencedor hacia Tasco, avanza á Tenancingo, ocupa á Tecualoya, y emprende con sus armas, siempre victoriosas, la toma de Cuautla de Amilpas, donde entra sin hallar resistencia el 9 de Febrero 1812.

El capitán Larios sale inmediatamente en observación del enemigo, mientras se dispone la defensa de la plaza.

La posición es ventajosa.

«La ciudad de Cuautla se halla situada en una bajío llano, al que por todas partes domina, sin que sea dominada por ninguna, rodeada de platanares y de arboledas pegadas á los edificios por todos vientos, y por el Poniente que no lo está tanto, corre de Norte á Sur una atargea de mampostería de vara y media de grueso, que gradualmente se eleva hasta doce ó catorce varas de altura, terminando en la Hacienda de Buenavista, á cuyas máquinas de moler caña conduce el agua, hallándose la casa y oficinas dentro de la misma población, hacia el Sur de ella. Esta se estiende algo más de media legua de Norte á Sur, y en esta dirección corre una calle recta, en cuyo principio al Norte está la Capilla del Calvario: en anchura se estiende mucho menos, y en la calle principal, se hallan con sus plazas los conventos de San Diego y Santo Domingo, susceptibles de ser fortificados, siendo el último la Parroquia del lugar. Al Oriente de este, se levantan las lomas de Sacatepec, entre las cuales y el pueblo corre un río de doscientas varas de caja, y cuya corriente aunque abundante y rápida, se ciñe á un canal de doce ó quince varas.»

Decididamente aquel punto era el señalado por la estrategia para recibir al enemigo.

Hermenegildo Galeana, el soldado más valiente de la insurrección, se encargó de fortificar San Diego y Santo Domingo, y Buenavista los valerosos Bravos y el capitán Matamoros.

La ciudad estaba de regocijo, había una animación desconocida y un entusiasmo sin límites.

Morelos visitaba todas las obras, dirigía la palabra á sus soldados, les ayudaba con su ejemplo y no cesaba de augurar un seguro y próximo triunfo.

El vigía de la torre anunció que se veía un grupo de ginetes que venían á escape en dirección á la plaza.

Galeana, el inmortal Galeana, salió al encuentro de la fuerza.

—¡Ola! capitán Larios, ¿que sucede?

—Estamos de enhorabuena, los realistas están sobre el camino.

—¿Muy cerca?

—Hemos venido tiroteándonos, y me vienen quemando.

—Pues entre usted á dar parte al general.

—Al momento.

Entróse el capitán, y se llegó al alojamiento del cura.

—Mi general, Calleja viene mandando el ejército realista, que dentro de una hora debe estar al frente de la plaza.

—Perfectamente, tenía deseo de habérmelas con ese miserable asesino, aquí le cobraré los fusilamientos de Granaditas y de Calderon.

—Trae lo más granado de la guarnición de México.

—Eso no importa, me he propuesto batirlo, y lo batiré.

—Es que su gente es de lo mejor.

—Basta, dijo Morelos, y saliendo al patio, tomó un caballo, y seguido de su escolta tomó rumbo fuera de la ciudad.

¿Dónde va, mi general? preguntó Galeana.

—Voy á hacer un reconocimiento.

—Conozco perfectamente de lo que se trata, y no saldrá usted sino sobre mi cuerpo.

—Vamonos, que se hace tarde, dijo Morelos, disimulando la emoción que le causaba el cariño de su valiente soldado, que lo cuidaba como á un niño.

—Digo que no pasará usted, mi general.

—Déjeme usted, Galeana, voy solo al Calvario á reconocer con mi anteojo al enemigo.

Galeana no quiso insistir, y apostó centinelas en las torres en observación de sus movimientos, porque conocía el carácter de aquel hombre extraordinario.

El enemigo se avistó, llevando á la descubierta un cuerpo de caballería.

Morelos se avanzó con su escolta, que comenzó á escaramuzar, empeñando un combate que debía decidirse por Calleja, visto la gran superioridad numérica.

Los realistas cargaron con vigor, y los soldados de la escolta se pusieron en dispersión.

Morelos se quedó con sus ayudantes, é hizo un disparo con sus pistolas.

A un lado iba un andaluz á quien decía el tiro *Curro*, que cayó atravezado por una bala.

—Que recojan ese fusil, dijo Morelos haciendo alarde de serenidad, *para que no se pierda todo.*

Los dragones seguían en una carga brusca, y Morelos se batía heróicamente en retirada.

Los vigilantes gritaban sobrecogidos ¡que matan al general!... ¡que matan al general!

Este grito fué una señal de alarma; Galeana salió con un grupo de insurgentes dispuestos á salvar á su jefe. Los *Costenos* tiraron los fusiles, y se arrojaron con sus *machetes surianos* sobre los realistas en una lucha desesperada.

Las infanterías no llegaban aún, así es que las caballerías del rey se retiraron al *Guamuchilar*, donde acampó el ejército de Calleja.

Morelos abrazó á Galeana, procurando contentarlo, porque el soldado estaba furioso por la imprudencia del general.

Los insurgentes volaron en grupos al encuentro de su querido jefe, lo habían creido prisionero, y Dios se los devolvía para arrebatárselo más tarde en los momentos más aciagos de la revolución.

Entre los oficiales que se acercaron á felicitarlo, llegó un tixteco, joven aún, moreno, con la cabellera agrupada sobre la frente, los ojos negros y la mirada penetrante, los pómulos pronunciados, los labios entreabiertos, dejando ver una hermosa dentadura que revelaba la fuerza de aquel hombre.

Toda aquella fisonomía manifestaba un gran talento natural y una grande obstinación de carácter.

—Ola, capitán *Guerrero,* dijo el general, es usted un valiente, no necesitaba esta pequeña escaramuza para conocer en usted al hombre de valor indomable; usted será uno de los soldados de más nombre en el ejército americano.

Aquellos labios proféticos le anunciaban al modesto suriano su venidera gloria, como á Napoleón uno de sus generales, que sería uno de los hombres de Plutarco.

IV.

Llegó la noche de ese día, primer eslabón de la era de gloria y de combates que durante cuatro meses recojería la historia para formar la epopeya sublime del sitio de Cuautla, donde Morelos, Galeana y los Bravos dejarían la fama de su nombre como una herencia en el album de nuestros recuerdos nacionales.

La noche estaba tranquila, solo se oía por intervalos el grito de los centinelas que se iba alejando como un eco en la extensión de la ciudad.

Agunas patrullas pasaban en silencio por las calles, y luego se perdían en las sombras como el ruido de sus armas.

En la casa que ya conocen nuestros lectores, permanecen aún las dos amigas, la una canta junto á la amahaca, y la otra reza en un rincón del aposento, frente á una lamparita que arde delante de una estampa del Crucificado.

Oyóse el ladrido de los perros que olfateaban á alguien.

—*¡Caifás!* gritó, por aquí, ¡ven! ¡ven!

Caifás era un mastin ordinario y terrible, que se había robado de una ranchería el asistente Vildo, que hemos visto seguir al coronel Piedra-Santa.

Caifás era el guardian de las jóvenes, y las defendía valientemente: solo para ellas tenía amor, y para el niño que retozaba con él á todas horas.

Decíamos que Caifás ladraba desaforadamente desde la puerta de entrada, defendiéndola de un embozado y varios insurgentes que trataban de entrar.

—Contengan á ese perro, ó lo vuelo de un balazo, dijo uno de los soldados.

—Mucho cuidado, gritó Vildo, que ese mastin es mi asistente.

Luego que el perro oyó la voz de su amo, se lanzó haciéndole fiestas.

—Vamos, que eres un buen centinela, y así me gusta; esta noche misma voy á darte ración doble por cuenta de los realistas... dispense usted, señor general, ya puede usted pasar adelante.

El general penetró en la casa, dejando á los insurgentes á la puerta.

Atravesó el patio y se entró en el aposento de las jóvenes.

—Señor Morelos, dijo María, hemos pasado esta tarde un susto horrible, creíamos ver á usted muerto de un balazo.

—Cuestión de tiempo, hija mía.

—Es que no quiero ni pensarlo.

—¿Y usted, Luz, cómo sigue? dijo Morelos.

—Señor, yo vivo en perpetua agitación.

—Sé de donde provienen esos temores: cuando el corazón sufre una de tantas tormentas que le azotan, la vida es una ola que recorre la extensión creyendo chocar á cada instante.

—Es verdad.

—Yo pondré término á esos padecimientos: puede usted avisar al coronel Piedra-Santa, que mañana venga á primera hora, celebraremos el matrimonio, y usted será la esposa del insurgente.

—¡Señor! exclamó Luz besando las manos del sacerdote; usted me hace la mujer más dichosa sobre la tierra!

—Ya sabe usted que Piedra-Santa es uno de mis soldados más valientes, y quiero halagarle... ¡ha sufrido tanto!... vamos, no quiero ni pensar en las angustias y trabajos de todos los hombres que me siguen; sí, Luz, yo los amo como á mis hijos; sin ellos, las esperanzas todas de la patria quedarían muertas; ellos avivan con su sangre y con sus lágrimas la hoguera encendida de la revolución... ¡pobres soldados míos!... yo finjo desconocer sus penalidades; pero cuando los veo rendidos de cansancio atravesar las montañas y vencer las llanuras, muertos de sed y de hambre, cuando tengo que llevarlos enfermos ó heridos enmedio de la intemperie, entonces el corazón se me destroza... ellos ignoran estos ocultos dolores... ¡ah! si lo supiesen, sus penas se aumentarían, porque todos me aman... ¡Dios recompensará en el porvenir tantos sacrificios!

Quedó un momento en silencio aquel hombre, que llevaba sobre sus hombros el peso de una situación tan comprometida.

—¿Conque me ha dicho usted que mañana se celebrará mi matrimonio?

—Sí, hija mía, deseo verte tranquila; y en cuanto á tí, María, te tengo destinado un novio magnífico.

La muchacha hizo una mueca graciosísima.

—No te burles, que te estoy hablando la verdad; es un oficial guapo, y como todos los míos, valiente á toda prueba.

—Ese es un gran defecto.

—¿Defecto?

—Sí, señor Morelos, yo lo quiero muy cobarde, más tímido que una mujer.

—Es difícil encontrarle entre los insurgentes.

—Les tengo miedo á los arrojados; esto de estar pensando quedar viuda de un momento á otro.

—¿Pero y la gloria?

—Yo no la he visto nunca, apesar de oírsela mentar á todas horas á los soldados.

—No se vé, pero se siente.

—Señor cura, yo insisto en mi idea primitiva: así es que cuando vea usted que alguno de los oficiales corre al oir los primeros tiros, acuérdese usted de señalármelo, yo lo tomaré por esposo con mucho gusto.

Sonrióse el general con aquella célebre ocurrencia.

—Yo seré la madrina de Luz, continuó María.

—Estás señalada de antemano, se apresuró á contestar la joven estrechando la mano de su amiga.

—Y yo traeré á Galeana, dijo Morelos, él servirá de padrino; vamos, que yo estoy loco con ese hombre, los hermanos Bravo y él son el orgullo de mi ejército; sin ellos estaría derrotado y acaso muerto.

—Puede usted, señor cura, dijo Luz, invitar de mi parte al señor capitán; baste el ser señalado por usted, para que yo le acepte de corazón.

—Valen mucho estas criaturas, dijo Morelos, y les prometió volver á la mañana siguiente á la ceremonia.

Las jóvenes se retiraron.

Entonces el general se acercó á la amahaca donde dormía su hijo, levantó el lienzo que le cubría el rostro y lo contempló por algunos momentos.

Posó su consagrada mano en la frente sudorosa del niño, después se inclinó y depositó un beso en aquella infantil cabeza.

—¡Pobre *Juan!* murmuró con voz imperceptible, y abandonó la casa seguido de sus ayudantes.

V.

Aquel niño que dormía el sueño de la inocencia, se alzaría más tarde de la cuna con el prestigio heredado de su padre, como una sombra que crece, y que se ensancha y cubre el horizonte.

Medio siglo después atravesaría los mares, y regresaría, seguido de los bajeles de tres naciones, á encadenar á esa patria tan querida del héroe, y por cuya libertad se vertía entonces á torrentes la sangre mexicana.

¡Víctima de la lucha tenaz de su espíritu, vagaría sin consuelo, agitado en el mundo del arrepentimiento y de la expiación, hasta sucumbir en el abatimiento misterioso de su alma!...

¡Quién nos hubiera dado verle en sus últimos momentos, con la mirada fija en el cielo, y las manos enclavadas sobre el pecho, pidiendo al Juez Eterno misericordia por sus errores!

Acaso sus últimos pensamientos fueron para su patria... acaso sentía aparecer en sus ojos la lágrima postrera, como la expresión de la angustia del proscrito que muere en tierra extraña...

Dios, compadecido de esa trabajosa agonía, cerró sus ojos al sueño eterno...

¡Crimen ó error, la historia ha pronunciado su fallo condenatorio!... ¡Dios lo haya absuelto en el suyo!...

Aquel niño se llamaba Juan Nepomuceno Almonte.

CAPITULO XIII.

De como es cierto el refrán de que « del plato á la boca se pierde la sopa.

I.

El general quería dar una gran sorpresa á Piedra-Santa, disponiendo una verdadera fiesta para el día siguiente, en que debía celebrarse el matrimonio del insurgente.

Vildo, que era un suriano alegre, de buen humor y endemoniado, dispuso la compostura de la casa, haciendo multitud de coronas tejidas de azahares, y arcos de flores, y tapizando el suelo de rosas, y

colocando banderas de colores y gallardetes, que pidió prestados al sacristán de la parroquia, bajo su palabra de honor de devolvérselos á la mañana siguiente.

El sacristán se oponía al principio; pero la palabra de honor de Vildo, y sobre todo, el *machete suriano* afilado hasta la cacha, lo hicieron más amable y condescendiente.

Vildo cargó con los arneses del altar, un crucifijo y un retablo de los *Santos Mártires*, que los oficiales tomaron por epigrama ó alusión á la coyunda matrimonial.

No recordamos si hemos hablado algo sobre la fisonomía del suriano; pero diremos que tenía la cara redonda, los ojos negros, vivos y alegres, el pelo caído sobre la frente, la boca grande, enseñando á cada carcajada una dentadura de tigre.

Vildo era *pinto* de *chocolate* y *azul*.

Llevaba una camisa de manta abierta del cuello, y unos calzones blancos fajados bajo la camisa, un cinturón de cuero y un formidable machete más afilado que una navaja de afeitar.

Usaba *guaraches* y un sombrero corriente de palma.

Vildo tendría veintisiete años, y en su hoja de servicios tenía cien riñas, en las cuales no había salido bien librado, porque le faltaba un dedo de la mano derecha, y una cicatriz profunda le surcaba el pecho.

Era mocetón, alegre, bailador y pendenciero; esta alhaja era ni más ni menos el asistente del coronel Piedra-Santa.

Volvámos á la fiesta.

La oficialidad se preparaba á darse un día de baile y de algazara.

Todos estos aparatos se hacían teniendo á media legua de distancia al enemigo.

No estrañará esta serenidad á nuestros lectores, cuando sepan que en los días memorables del sitio de Cuautla, Morelos le daba grandes fiestas á sus soldados.

El campo insurgente estaba en continua bulla, esto caracterizó siempre sus campamentos.

Amaneció, y una salva de cohetes anunció la primera luz, las músicas comenzaron á tocar frente á la casa de los que iban á desposarse.

El general pasó á recorrer los parapetos y puntos fortificados de la plaza; Piedra-Santa lo acompañaba lleno de emoción.

Vildo se había situado en la cocina, y estaba empeñado en sazonar el *mols de guajolote*, asegurando que en toda la *costa* era proverbial su fama de cocinero.

Las muchachas estaban alegres, y era tal el batiboleo de la cocina, que parecía un motin en toda forma.

Caifás se lamía los bigotes, esperando un convite opíparo.

Luz y María se ocupaban en su tocado, esperando impacientes la hora que parecía prolongarse demasiado.

—¡Señoritas, dijo Vildo, están ustedes como unos luceros de la mañana!

—Calla, hombre, dijo María.